A LA MUERTE DE ENRIQUE ORIO

No fue en tí la amistad palabra vana
que escarnece tan noble sentimiento
cuando gira buscando el mejor viento
y medra sólo cuando triunfa y gana.

Como la linfa de la fuente mana
clara y bella brotando a todo evento,
ajena a interesado pensamiento,
así era tu amistad, limpia y lozana.

No llega hasta la tumba en que reposas
los rumores del mar en su bravura,
ni la tierra que amaste te da abrigo.

Aunque lejos con lágrimas piadosas,
te envío rebosante de amargura
este postrer. ¡Adiós! Enrique amigo.

FÚNEBRES

He estado en un entierro
y tengo miedo y frío;
acaso otros en breve
también vengan del mío.

La sangre se me hiela
de espanto en las arterias
temiendo esté cercano
el fin de mis miserias.

Y sea a mí a quien vistan
la fúnebre mortaja
y mis restos coloquen
en negra y fría caja.

Después entre suspiros
saldrá el cuerpo yacente,
caminando en pos mío
apenada la gente.

Ya formado el cortejo
seguirá al camposanto;
quizás mujeres buenas
derramen por mí llanto.

Una cruz sobre el muerto
hará un alma piadosa
diciendo: ¡En paz descanse!,
mientras abren la fosa.

La tierra removida
cubrirá el cuerpo yerto;
¡será empeño del vivo
olvidarse del muerto!.

De aquel anhelo loco
de dicha inacabada
sólo quedará polvo,
¡Barro!..¡Ceniza!..¡Nada!.

Con estos triste versos
hoy mis FÚNEBRES cierro
pues tengo miedo y frío.
¡HE ESTADO EN UN ENTIERRO!

ROMANCE DEL NIÑO MUERTO

I

Era un hermoso querube
de rizoso pelo negro,
ojos grandes, soñadores
y cutis de terciopelo.
¡La alegría de la casa
con sus risas y sus juegos!.

Cuando en su hablar incipiente,
besándola zalamero,
a su madre la decía
¡Que mamá más guapa tengo!,
con ternura incomparable
le respondía entre besos.

No sabes, hijo adorado,
no sabes cuánto te quiero.
Toda mi ilusión, mi vida,
te tienen a ti por centro.
El ambicioso que gana
posiciones y dinero,
o el vencedor que ha triunfado
en disputado torneo,
¡Qué saben ellos de dicha
ni del placer que yo siento
teniéndote entre mis brazos,
apretado contra el pecho!.

¡Sólo pido que me dejen
Siempre junto a mi pequeño!.

II

Pero una noche la fiebre
mostrando su negro espectro
se apoderó traicionera
de aquel inocente cuerpo.
¡Cuánto dolor reflejaba
la cara del niño enfermo!.

La madre como una loca
sin sentir hambre ni sueño
velaba de día y noche
con insuperable celo.
- Hay que salvarle – decía

arrodillada ante el médico;
decidme lo que hay que hacer
para verle pronto bueno.

Mas la Muerte triunfadora,
llegando con su cortejo,
de aquel cuerpo quebrantado
arrancó el postrer aliento.
Y una voz clamó en la noche
que lloraba a un hijo muerto.

III

Burlando la vigilancia
de aquellas que en vano empeño
trataban de prodigarle
dulces frases de consuelo,
a oscuras sola camina,
arrastrando el paso incierto
hacia la sala mortuoria
donde estuvo el niño enfermo.

- Quiero verle – musitaba,
¡Dejadme que le dé un beso!.
Allí está el cuerpo adorado
espantosamente quieto
entre cirios encendidos,
tendido en el blanco féretro.

La pobre madre llorosa
murmura con son de rezo:
- Descansa en paz niño mío,
nadie perturbe tu sueño;
envidiando nuestra dicha
dijeron que habías muerto
pero yo no lo he creído
ni tampoco ahora lo creo.

Aunque te finges dormido
ya sé yo que estás despierto
y al aproximar mis labios
con suavidad a tu pelo
me darás un fuerte abrazo,
colgándote de mi cuello,
gritando: ¡mamá querida,
te he engañado pues no duermo!
Así, las mejillas juntas,
las oraciones recemos...

¡Pero tienes la piel fría
y yo siento frío dentro!.
¿Por qué la pena me ahoga
si yo sé que no estás muerto?.
Dios mío: sin él la vida
será para mí un infierno.

¡Llévame pronto a su lado,
De rodillas te lo ruego!.

IV

Las vecinas apenadas
se acercaron en silencio
y entre sollozos escuchan
el desgarrador acento
de una madre cuando dice
el Adiós al hijo muerto.

CUENTO INFANTIL PARA MAYORES

I

Nació un día una princesa
de belleza sin igual,
por su carita de fresa
y su boca de coral.
A su bautizo vinieron,
como es corriente, las hadas.
Gracias mil la prometieron
con sus varas encantadas.
Y llegó a la adolescencia
más fragante que una rosa;
todos, con gran complacencia,
proclaman que es muy hermosa.
Pero surgió, ¡oh, desgracia!
-en todo cuento obligado–,
un dragón de cola lacia
y de cien bocas armado,
que, raptando a la princesa,
la condujo a su guarida.
Rescatarla es una empresa
donde se arriesga la vida.
Los padres, desconsolados,
lanzan partes y pregones
maldiciendo de los hados,

de las bruja y dragones.
Al hombre que, valeroso,
la libre de tal tirano,
le harán rico y poderoso,
otorgándole su mano.

II

Van muchos a su conquista,
reyes, nobles y pastores,
pero no hay quien le resista;
y hablan del dragón... ¡horrores!
El tiempo va transcurriendo
sin surgir ningún valiente;
la princesita gimiendo
pasa el tiempo inútilmente.
¿Y qué fue de aquellos hombres,
príncipes y caballeros,
la fama de aquellos nombres
y hasta de sus escuderos?
¿Es que no queda en el mundo
sucesores de pujanza,
ni un Quijote tremebundo
ni un prudente Sancho Panza?
¡Pobre princesa! No tiene
quien se arriesgue por su amor.
¡Y ya ni en los cuentos viene
el príncipe encantador!

III

Allá en el lejano Oriente,
tranquilo y feliz vivía
un Rey muy sabio y prudente
que tres príncipes tenía.
Hasta el remoto rincón
Llegó al fin la triste nueva:
“A una princesa un dragón
guarda, el muy fiero, en su cueva”.
Salvarla intenta el primero,
partiendo el joven ufano.
¡Tres años, no más espero!,
exclama el siguiente hermano.
El plazo así señalado
hace tiempo que pasó.
El segundo bien armado
a rescatarla partió.
Del uno como del otro
la triste suerte se ignora;
caballero en su fiel potro

Se aleja el tercero ahora;
es arrogante y fornido,
noble en el pensamiento,
de los malos muy temido,
de los pobres, valimiento.
Inteligente y modesto,
de graciosos ademanes,
por mote en su escudo han puesto
“Terror de los musulmanes”.
Destacaría entre miles
sin títulos ni blasones:
en arrojo es un Aquiles;
en fuerza, cuatro Sansones.
Emprende veloz carrera
y por la princesa va;
es joven y amor le espera;
¿Hay que luchar? ¡luchará!

IV

Mas ¡ay! El fiero destino
mil veces traidor le engaña;
mil veces yerra el camino,
¿llevará a cabo su hazaña?
Penó y trabajó sin queja
por la cautiva beldad;
es un héroe y no ceja,
¡Pobre dragón! ¡temblad!.
Como premio a su tesón
un día al amanecer,
tembloroso de emoción
fiero dragón pudo ver.
Más qué feo, repugnante,
cuerpo y cola deformes,
semeja un reptil gigante
provisto de alas enormes.
Su cuerpo cubren escamas
que defienden bien su tronco,
sus cien bocas lanzan llamas
con un silbido muy ronco.
Al hombre más atrevido
espanto y terror causara,
el más valiente abatido
a su vista se quedara.
Sólo a nuestro enamorado
ni le aterra ni le espanta;
de su fiel espada armado
a su encuentro se adelanta.
El príncipe muy astuto

alrededor va girando;
el dragón, que es fiero y bruto,
sus cabezas va enredando.
Hasta que llega el momento
que el fuego a su cuerpo alcanza ,
le abrasa su propio aliento
y el postrer suspiro lanza.
Grita ufano el vencedor:
“La princesa está salvada”
y corre en busca del amor
con su vencedora espada.

V

Una vieja lentamente
ha surgido de una gruta,
cubierta su estrecha frente
por la cabellera hirsuta.
Las piernas ya temblorosas,
nariz de bruja de cuento,
manos grandes y huesosas,
¡sus años pasa de ciento!.

VI

Dígame usted viejecita,
dígame usted, por favor,
¿dónde está la princesita?,
que yo soy su salvador.
Por respuesta ¡vaya lío!
le dijo así al caballero:
por fin llegaste amor mío,
ha cien años que te espero.
Eres noble y varonil
como había imaginado,
ardoroso y juvenil;
tardaste... ¡pero has llegado!.
De tus fatigas reposa,
murió ya el dragón temido;
y acercándose, melosa,
le habló de amor al oído.
Cuando cedió su sorpresa
gritó sin contemplaciones:
¿Esta momia es la princesa?,
¡prefiero veinte dragones!.

VII

Dejándola muy afligida
huyó de allí a rienda suelta;
y si fue rápido a la ida,

va más aprisa a la vuelta.
Maldice hasta de su sombra
al trote de su caballo,
y si a la princesa nombra
dice cosas... que me callo.

VIII

Se ignora si su carrera
el príncipe ha terminado;
mi final no admite espera.
pues... ¡colorín colorado!

CANTO AL VELERO “SOÑADOR”

¡Cómo boga mi velero
cuando enfila hacia la barra!
A su popa va dejando
simiente de espumas blancas
El viento suave susurra
ecos de tierras lejanas,
motivos de amor y guerra
de tormentas y bonanzas.
Bello como mariposa
que extiende en el mar sus alas,
airosa la blanca vela,
se desliza sobre el agua.
Por babor “La Magdalena”,
también a estribor hay playas
donde el mar rompe bravío
con estruendo en “Las Quebrantas”.
Las verdes ondas aleves
corta su proa afilada
y con la atrevida escora
su carel besa las aguas
¡Cómo boga mi velero
cuando enfila hacia la barra!.

II

Con las sombras de la noche
termina la excursión grata
y el regreso se realiza
mecidos por suaves auras.
Coros de voces alegres,
canciones a mi Cantabria;
la placidez del ambiente
pone un freno a las palabras,
mientras los ojos se entornan
con dulce brillar de lágrimas
entre suspiros y ensueños
bajo la Luna de plata.
¡Maravillosos instantes
del cielo y del mar en calma!.

III

Las hermosas pasajeras
a tierra felices saltan
y, al mirar entre las sombras
su bella silueta blanca,
en despedida postrera
a coro de nuevo exclaman
¡Cómo boga mi velero
cuando enfila hacia la barra!

L A G A L E R N A

I

El viento suave ha rolado;
la luz se transforma en bruma
entre sombríos presagios.
Ruge el huracán ... y triunfa.
Las aguas vivas se agitan
como gigantescas Furias
y las lanchas pescadoras,
unas alocadas plumas,
al capricho de las olas
suben, bajan o se juntan.
Dispuestos se hallan los hombres
a no entregarse sin lucha,
aunque al igual que a sus naves
agua y miedo les inundan.

II

¡ Cómo ruge el viento fiero!
la negra noche, ¡qué oscura !
En el aire ensordecido
lobos furiosos aúllan.
La mar encrespada muestra
blancos festones de espuma
y en el ambiente aterrado
voces de muerte se escuchan.

III

Los inmensos nubarrones
han devorado a la Luna
y allá, junto al rompeolas,
rezos y voces confusas.
Son las mujeres, las madres;
muchos faltan pues son muchas
¡Sálvales Virgen del Carmen!,
¡muéstrales la buena ruta!.
¡Esperad sin esperanza!,
replica el mar en su furia.

¡ Cómo ruge el viento fiero!
la negra noche, ¡qué oscura !

IV

En aquel cuadro dantesco
unas luces se vislumbran;
doblan la barra ¡temores!
saltan a tierra ¡angustias!.
Pocas palabras, los brazos
son recias tenazas duras.

V

Unas se alejan dichosas
libres ya de su amargura;
las otras son sólo sombras,
sombras pálidas difusas.

Vence el tiempo a la esperanza,
el dolor se hace tortura.
Y en el ambiente aterrado
voces de muerte se escuchan.

AMORES DE JUVENTUD

I

Ensueños de Luna Nueva,
dorada quimera mía,
áureo vergel que arrebola
la engañosa fantasía.
Horas de ilusión y lucha
con perennes añoranzas,
triste sepulcro florido
de un amor sin esperanzas.
Nimbados en la distancia
son mis pasados empeños,
recuerdos donde se mecen
los juveniles ensueños.

Y ante mi amor imposible
- milagro de juventud-
mi hombría se sublevaba,
ebrio de fuerza y salud.
Jamás nadie sabrá cuántas
noches de silente calma,
mirando al espacio inmenso
se inundó de angustia mi alma.
Y ante el Cosmos infinito
bajo indescriptible anhelo,
sólo como un hombre llora
lloré yo mirando al Cielo.
Desgraciado –me decía
contemplando las estrellas-,
se halla tu amor más distante
que la más lejana de ellas.

Oculta bien tu secreto,
disimula la verdad;
que nunca puedan mirarte
con sonrisa de piedad.
Así pude yo saber
bajo esta triste pasión
cuanto puede resistir
sin romperse un corazón.

II

Por su causa me fui un día
dejando mis dulces lares
y puse entre mi amor y ella
inmensas tierras y mares.
Mas un amor como el mío
ni se mengua, ni se olvida,
y como a fuego en el alma
dejó su impronta en mi vida.

III

Quizás un día la amaran
con igual pasión que yo,
acaso también la quisieran,
pero juro que más: ¡NO!.